

VELOCIPEDIA



Lo que priva, lo que abunda, lo que molesta hoy en todas partes es el velocípedo y sus derivados la bicicleta y el triciclo.

De grandísima utilidad estos aparatos en el extranjero, cuya propagación es ya inmensa, en nuestras ciudades no sirven más que para estorbar el paso al transeunte que por izquierda, derecha, delante y detrás siente venírsele encima y tiene que dar un quiebro á lo *Guerrita* para evitarlos, mientras que los mozalvetes que los mandan hacen sonar un cuerno, ó lo que sea, pidiendo descaradamente via libre ó atropello.

Los chiquillos se apoderan de todas las bicicletas de alquiler y se hacen completamente dueños del terreno, y hasta los obreros á cuyos cortos recursos alcanzan los 50 céntimos que cuesta la hora, dan sus vueltas ó sus tumbos, en las citadas máquinas.

De modo que nada tiene de particular que la vida vaya siendo tan fugaz con tan rápidos medios de locomoción.

Hace 113 años que en un parque inglés hizo su primera aparición el abuelo del actual velocípedo, que era un coche de madera con cuatro ruedas manejado por dos hombres.

Cuarenta años despues se vió circular al padre por las calles de París. Y en el día, el hijo, el velocípedo que todos contemplamos, ha llegado á un grado de perfección extremo.

Son innumerables las sociedades que de este *sport* existen en el mundo entero, y conocemos una en Inglaterra que cuenta con más de 50.000 asociados.

El airoso aparato se ha hecho tan imprescindible que en la última carrera á pié de Paris á Belfort acompañaban á los andarines más de 4000 velocipedistas. Y ya no hay fiesta, espectáculo, ni romería, en que no haga la obligada aparición el velocipedista.

Es tan grande y fabulosa la fabricación de este *chisme* que en París, los rateros, conceptuándolo un negocio, se dedican, muy ingeniosamente por cierto, al robo de velocípedos; los desmontan y venden las piezas sueltas á las fábricas.

Pero en nuestras ciudades se va haciendo insoportable tal medio de locomoción, que convertido en un entretenimiento, resulta expuesto para los niños y mortificante para los grandes.¹

ALFREDO DE LAFFITTE.

UNA INVASIÓN DE SARDINAS

Un periódico de Bayona dice que un inmenso ejército de sardinas había invadido las dos orillas del río.

Existía gran curiosidad en el público por conocer la causa de esta invasión. Esta causa es conocida y muy natural, habiéndose ya avisado á los pescadores de Fuenterrabía, Pasajes y San Sebastian por el semáforo del cabo Higuer.

La gran ballena «Leticia» ha vuelto á hacer su visita anual persiguiendo á todos los pequeños peces que ha encontrado á su paso, los cuales espantados se han refugiado en el río Adour.

El monstruoso cetáceo, que gusta mucho de estos pececillos, los cuales son para ella especie de *bombones*, no ha atravesado la embocadura del río, dado su gran volumen; pero se ha puesto en acecho vigilándola cuidadosamente, por lo cual anchoas, sardinas, boquerones y otras familias análogas se encuentran acorraladas y sin encontrar ocasión ni abertura para lanzarse á alta mar.

Parece que los habitantes de Bayona han decidido defenderse heroicamente á *golpes de sartén* de este ejército invasor que, huyendo de un enemigo temible, tan confiadamente se ha puesto bajo la protección y amparo de sus cocinas.

(1) ¡No tanto! (N. de la R.)